

JOSÉ MARÍA ZAVALA

ÚLTIMAS NOTICIAS DE JESÚS

Del osario de Caifás a la Sábana Santa



José María Zavala

Últimas noticias de Jesús

Del osario de Caifás a la Sábana Santa



ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© José María Zavala, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior: © Yoli Shwartz/Israel Antiquities Authority; © Bayerische Staatsgemäldesammlungen; © Zev Radovan/BibleLandPictures/Alamy/ACI; © Rafel/Shutterstock; © Hulton Archive/Getty images; © Travellers&Tinkers/Wikimedia; © Oronoz/Album; © Antonio Quattrone/Mondadori Portfolio/Album; © Superstock/Album; © Erich Lessing/Album; © Godong/Alamy/ACI; © Albiol Archeology; © Véronique Pagnier/Wikimedia; © Teo Moreno Moreno/Alamy/ACI; © John Dambik/Alamy/ACI; © Sergi Reboredo/Alamy/ACI; © AGF Srl/Alamy/ACI; © Gerard Julien/AFP/Getty Images; © Hashiolan Siahaan/Shutterstock y por cortesía de © Xiskya Valladares

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2026

Depósito legal: B. 285-2026

ISBN: 978-84-670-8062-9

Impreso en España

ÍNDICE

1.	LAS PIEDRAS HABLAN	15
	El último descubrimiento	18
	Aceite sagrado	21
	Visión de Getsemaní	24
	El número 12	28
	La linterna de los arqueólogos	32
2.	LA PISCINA PRODIGIOSA	35
	La puerta de las Ovejas	36
	Dos albercas y cinco pórticos	38
	Agua de color «sangre»	42
	La piscina en el arte	45
	Negro sobre blanco	47
	Curar en sábado	50
3.	LA «BARCA DE JESÚS»	55
	La gran confusión	56
	El lago de Genesaret	59

Pescadores	65
Tempestades	68
Doce más uno	71
4. EL SANTO GRIAL	75
Valencia, ciudad sin ley	76
Himmler en España	77
Las cuatro copas	79
El Cáliz de ágata	82
Al final de la escapada	84
Pruebas de autenticidad	87
El «Cáliz papal»	90
«¿Adónde vas, padre, sin tu hijo?»	92
El Pergamino número 136	94
Martín el Humano	96
La cámara secreta	98
En la cuerda floja	100
Cadena de sobresaltos	102
El precio de la traición	103
5. LA TUMBA DE CAIFÁS	107
La arqueta misteriosa	109
Familia numerosa	111
Enterrar a los muertos	113
Sumo sacerdote	115
La hora de la jauría	118
La casa de María	119
La sombra del diablo	121
La morada de Caifás	124

6.	EL PREFECTO PONCIO PILATO	129
	Retrato robot	130
	Jesús ante Pilato	132
	El elíseo romano	135
	Cesarea en el Nuevo Testamento	139
	El teatro	143
	La inscripción	145
7.	EL CASCO DE PÚAS	149
	Cincuenta heridas en la cabeza	152
	La calavera parlante	154
	Tres especies de plantas	156
	Primeros testimonios	157
	El alto precio de la corona	159
	La Sainte-Chapelle	161
	El anillo del ajusticiado	163
	Arde Notre Dame	166
8.	EL «ESQUELETO 4926»	169
	En el laboratorio	170
	El ritual de la crucifixión	175
	Yehohanan en el osario	180
	El talón perforado	182
	Historia del horror	184
9.	LOS TRES CLAVOS	187
	«Clavitrales»	190
	El primer clavo	194
	El mercader veneciano	195
	El «Bocado Sagrado»	199

Trescientos cincuenta gramos	202
La «cojera» de Jesús	204
10. EL SUDARIO DE OVIEDO	207
La huida a España	210
Radiografía del lienzo	214
Pionero en la ciencia	217
La máquina del tiempo	220
La «investigación criminal»	222
11. LA VERA CRUZ	229
El Santo Sepulcro	230
Mujer de armas tomar	234
El <i>Titulus Crucis</i>	238
Maderas por doquier	243
El <i>Lignum Crucis</i> documentado	248
12. EL ESPEJO DEL EVANGELIO	251
Misión de la ciencia	254
El lienzo y el sepulcro	256
Del fotógrafo italiano a la NASA	260
¿Qué fue del Carbono 14?	264
El periplo de la Sábana	267
El hombre de la Síndone	270
Ciento veinte señales	271
«El quinto Evangelio»	275
AGRADECIMIENTOS	281
BIBLIOGRAFÍA	283

1

LAS PIEDRAS HABLAN

Antes de Reimarus, nadie ha intentado formarse
una noción histórica de la vida de Jesús.

ALBERT SCHWEITZER, médico y teólogo alemán

Aunque parezca mentira tratándose del personaje más importante de todos los tiempos, la investigación sobre el Jesús histórico no comenzó de verdad hasta el último tercio del siglo XVIII, demasiado tarde, sin duda.

Existe así un antes y un después en el estudio sobre Jesús de Nazaret con la irrupción en el marco académico del catedrático alemán de lenguas orientales Hermann Samuel Reimarus (1694-1768), representante del deísmo y pionero también de la crítica bíblica.

Pero tuvo que ser otro escritor y crítico de arte de la Ilustración alemana, Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781), funcionario de la Herzog-August-Bibliothek de Wolfenbüttel, en la Baja Sajonia, quien publicase entre 1774 y 1778 en la revista de la biblioteca, de modo furtivo para burlar la censura, siete fragmentos o capítulos aislados de la obra de Reimarus, *Die Apologie*, bajo el título *Fragmente eines Ungenannten* (*Fragmentos de un desconocido*).

Reimarus y sus indagaciones sobre el Jesús histórico fueron conocidos a título póstumo diez años después de su muerte y ensalzados luego, entre otros, por el médico, filósofo y teólogo alemán Albert Schweitzer (1875-1965), quien describió la obra *Fragments de un desconocido* como «uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la crítica histórica». Hasta el punto de afirmar que «antes de Reimarus, nadie ha intentado formarse una noción histórica de la vida de Jesús», lo cual es decirlo todo para algunos o quizás demasiado para otros.

Sea como fuere, el profesor de Hamburgo convulsionó el mundo académico con su provocadora tesis sobre Jesús, quien, a su juicio, aguardó la llegada inminente del Reino de Dios, pero esta no se produjo y acabó siendo colgado de un madero por la autoridad romana como un vulgar delincuente. De este modo, Reimarus evidenció el fracaso del proyecto de Jesús, tan distinto del mensaje sobre su venida gloriosa y plebética de poder transmitida en el Nuevo Testamento.

La osadía académica de Reimarus puso así de manifiesto la amplia brecha existente entre el Jesús que vivía en Palestina y el Cristo a quien sus seguidores consideraban el único salvador. El catedrático alemán desafiaba a la ortodoxia cristiana poniendo en entredicho la identidad de Jesús como el Mesías de Dios y como una persona con dos naturalezas, humana y divina, tal como fue definida en el Concilio ecuménico de Calcedonia en el año 451 y admitida como dogma de fe por todo el pueblo creyente.

De esta manera, Reimarus, con independencia de la validez de sus argumentos sobre Jesús, propició su investigación

histórica y la irrupción en el fogoso debate académico de los teólogos alemanes Heinrich Eberhard Gottlob Paulus en 1828, Karl August von Hase en 1829 o David Friedrich Strauss, en 1835.

Coincido con el académico estadounidense James Hamilton Charlesworth, titular de la cátedra George L. Collord de Lengua y Literatura Neotestamentarias, en que a menudo se tiene la impresión de que la historia no es tan importante como la teología a la hora de acercarse a la figura de Jesús de Nazaret. Craso error. Empezando porque el concepto de «Tierra Santa» no es una creación cristiana, como advierte Charlesworth, sino una invención de la literatura judía primitiva.

En este sentido, la arqueología nos permite, tal y como señalan al unísono John D. Crossan y Jonathan L. Reed, acercarnos también a la colosal figura de Jesús desde el estudio de las piedras, del trabajo de campo, de los restos materiales y, en definitiva, del análisis concienzudo y perseverante de los arqueólogos. De ahí que Charlesworth proclame con toda razón que los indicios arqueológicos de los que hoy se dispone para reconstruir la época de Jesús «no son solo abundantes; son impresionantes». Su aseveración puede comprobarse con solo consultar cualquiera de los cuatro volúmenes que integran la colosal obra editada por Ephraim Stern en 1993, *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land* (*La nueva enciclopedia de excavaciones arqueológicas en Tierra Santa*), donde figuran los análisis más eruditos de importantes yacimientos arqueológicos relacionados con la vida de Jesús. Igual que en los cinco tomos de la no menos

relevante enciclopedia editada por Eric Meyers en 1997, *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East* (*La enciclopedia de Oxford de arqueología en Oriente Próximo*).

Todo ello, claro está, combinado con los textos históricos, con los Evangelios, con los vestigios escritos de una minoría cultivada y con la impagable labor de los exégetas. Un cóctel explosivo, sin duda, el de la fe y la ciencia juntas.

Porque las piedras, hablan. Ya lo dio a entender el mismo Jesús a los fariseos, cuando le pidieron que reprendiese a sus discípulos mientras se acercaba a la bajada del monte de los Olivos: «Os digo que, si ellos callasen, gritarían las piedras» (Lc 19, 40).

EL ÚLTIMO DESCUBRIMIENTO

Getsemaní (en hebreo *Gat shemanim*, «prensa de aceites» o «almazara») es un pequeño huerto situado en el valle del Cedrón, al este de Jerusalén, en la base del monte de los Olivos, donde Jesús se retiraba a orar solo o con sus discípulos y donde fue apresado tras la vil traición de Judas Iscariote. Se encuentra a unos trescientos metros de la puerta de San Esteban y hoy pueden visitarse allí la Basílica de la Agonía y el huerto, junto con la gruta del Prendimiento y la tumba de María de Nazaret.

Los arqueólogos llevan ya muchos años excavando con ahínco en Getsemaní para desenterrar nuevos hallazgos sobre los últimos momentos en la vida de Jesús. El premio a su constancia y esfuerzo brotó de las mismas entrañas de la tierra

en diciembre de 2020, cuando la Israel Antiquities Authority, en colaboración con el Studium Biblicum Franciscanum, descubrió un *miqweh*, es decir, uno de los escasísimos baños rituales judíos datados en el siglo primero.

Se trata de una especie de piscina escalonada y recubierta con una gruesa capa de estuco para evitar la permeabilidad, dotada de una conducción especial para recoger el agua procedente de la lluvia, del manantial o de las escorrentías. Los peldaños del *miqweh* permiten bajar hasta el fondo mismo de la piscina. El padre Francesco Patton, custodio de Tierra Santa, se apresuró a celebrar el gran acontecimiento con estas palabras: «Los últimos trabajos realizados han confirmado la antigüedad de la memoria y tradición cristiana vinculada al lugar», aseguró.

El descubrimiento se produjo mientras se construía un túnel subterráneo para comunicar la Iglesia de Getsemaní, también conocida como Iglesia de la Agonía y construida entre 1919 y 1924, con el valle de Kidron.

Al ponerse los cimientos del edificio hace ya un siglo, pudieron desenterrarse restos de templos del período bizantino y de los cruzados. Pero no se halló ni un solo vestigio arqueológico del período del Segundo Templo, la época en la que Jesús frecuentó aquel mismo lugar. Los operarios que horadaban el túnel se sorprendieron al descubrir una cavidad subterránea que más tarde se identificó como un baño ritual de hace dos mil años.

Si en Jerusalén existían frecuentes hallazgos arqueológicos que se remontaban a los tiempos del rey Herodes el Grande y de procuradores romanos como Poncio Pilato, en Getse-

maní, en cambio, no se había encontrado nada contemporáneo de Jesús hasta entonces. «Pudo identificarse el objeto descubierto —explica el arqueólogo franciscano Eugenio Alliata, del Studium Biblicum Franciscanum— porque los baños rituales judíos son muy característicos: tienen una serie de escalones que terminan en una pileta poco profunda». Por su parte, el arqueólogo Amit Re'em, del distrito de Jerusalén, valora así el inesperado encuentro:

El hallazgo confirma, probablemente, el nombre antiguo del lugar: Getsemaní. La mayoría de los baños rituales de esa época se han encontrado en casas privadas y edificios públicos, pero algunos se han localizado al aire libre, cerca de instalaciones agrícolas y de tumbas.

El descubrimiento atestigua ahora la existencia de una industria agrícola en este preciso lugar hace dos mil años, posiblemente productora de aceite o de vino. No debe olvidarse que las leyes judías obligaban entonces a los trabajadores a purificarse. Por eso mismo, el hallazgo del baño ritual puede insinuar el origen del antiguo nombre del lugar donde se producía aceite ritualmente puro cerca de la ciudad. Las excavaciones en Getsemaní constituyen un excelente ejemplo de la investigación de Jerusalén en su máxima expresión, en la que varias tradiciones y creencias se combinan con la arqueología y la evidencia histórica.

Amit Re'em alude, de este modo, a la enorme importancia de la colaboración entre fe y ciencia a la hora de alumbrar los oscuros recovecos de la historia, así como al hecho ineluctable de que el judío devoto que elaboraba el aceite o el vino fuese

kosher, es decir, puro según la ley, razón por la cual debía prepararse tomando un baño ritual en una pileta especial.

En Jerusalén o Séforis se han encontrado este tipo de piscinas o *miqwaoth*, en plural, en el interior de residencias privadas. En Séforis se han excavado más de una veintena en los barrios residenciales del sector oeste. Pero en la mayor parte de Galilea, como advierten Crossan y Reed, los *miqwaoth* se encuentran en las inmediaciones de plantas agrícolas o de sinagogas, precisamente por las cuestiones relacionadas con la casi obsesiva pureza.

En la población de Gamla, por ejemplo, situada en la cima de un escarpado monte de los Altos del Golán, destruida por las legiones romanas en el año 67, los arqueólogos han exhumado varios *miqwaoth*, uno al lado de la sinagoga y otros dos junto a prensas de aceite, como el de Getsemaní. Al oeste de esta localidad se ha excavado otro *miqweh*, junto a una gran almazara, que contiene una especie de piscina ovalada recubierta con estuco en la cual se sumergían los operarios tras descender por una escalera de caracol adosada a la pared. La función de este otro *miqweh* era igualmente purificadora, de modo que el agua sucia se desviara por una tubería de drenaje con el propósito de evitar que contaminase el agua limpia.

ACEITE SAGRADO

Para elaborar aceite en tiempos de Jesús era imprescindible, pues, ser pulcro y escrupuloso hasta el extremo dado que desde sus comienzos este «oro líquido» se empleaba en cere-

monias o ritos religiosos. Podía convertirse en una sustancia sagrada si era bendecida por un sacerdote o por cualquier otro religioso con las manos consagradas. En la Biblia, por ejemplo, se alude al aceite en casi ciento cincuenta ocasiones y al olivo, como tal, otro centenar de veces.

Proveniente del término latino *oleum*, el árbol del que procede, el olivo se ha distinguido en la cultura cristiana como un símbolo de paz, reconciliación y esperanza en Dios. Basta con reparar en el pasaje bíblico donde la paloma porta en su pico una ramita de olivo, en el primer libro de la Biblia que es el Génesis:

Siete días después, para ver si se habían secado ya las aguas sobre la haz de la tierra, [Noé] soltó una paloma, que como no hallase dónde posar el pie, se volvió a Noé, al arca, porque las aguas cubrían todavía la superficie de la tierra. Sacó él la mano, y tomándola la metió en el arca. Esperó otros siete días, y al cabo de ellos soltó otra vez la paloma, que volvió a él a la tarde, trayendo en el pico una ramita verde de olivo. Conoció Noé que habían disminuido las aguas sobre la tierra (Gn 8, 8-11).

El aceite se consideraba toda una bendición de Dios: «Yo [Yavé] daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y tú cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite» (Dt 11, 14). Mientras que el olivo era parte integrante también de la tierra que Dios le dio a su pueblo Israel: «Tierra de trigo, de cebada, de viñas, de higueras, de granados; tierra de olivos, de aceite y de miel» (Dt 8, 8).

En los sacrificios de la mañana y de la tarde se empleaba un cuarto de un *hin* (medida equivalente a seis litros) de aceite machacado. Es decir, que se utilizaba litro y medio del mejor aceite obtenido en prensas de piedra. También se recurría a él durante la ofrenda para la purificación de los leprosos.

En la época de Jesús se ungía con aceite el cadáver antes de darle cristiana sepultura, tal y como relatan Mateo y Marcos en sus respectivos Evangelios. En el Antiguo Testamento varias personas fueron ungidas también con aceite, como los reyes, sacerdotes e incluso profetas. Y no solo las personas, también los objetos: el tabernáculo y todos sus muebles, los escudos de los soldados, los altares y las columnas de piedra.

El aceite simbolizaba igualmente la honra, al compararse la virtud con el aceite perfumado, como se indica en el Libro de los Jueces: «Pusiéronse en camino los árboles para ungir un rey que reinase sobre ellos y dijeron al olivo: “Reina sobre nosotros”. Contestóles el olivo: “¿Voy yo a renunciar a mi pingüedad, con la que se honran los dioses y los hombres, para ir a mecarme sobre los árboles?”» (Jue 9, 8-9). Asimismo, la abundancia de aceite era síntoma de bendición y prosperidad, tal y como consta en el Libro de Job, donde se dice: «Cuando lavaba en leche mis pies y me daba la piedra arroyos de aceite» (Job 29, 6).

Por lo tanto, el olivo ha tenido gran importancia no solo en el Antiguo Testamento. Si nos atenemos a Jesús de Nazaret, durante su entrada triunfal en Jerusalén a lomos de un humilde borrico, el pueblo judío le recibió entre

víttores con multitud de ramas de olivo. El pasaje evangélico se ha convertido desde entonces en toda una tradición recordada cada Domingo de Ramos en las iglesias de todo el mundo.

Hoy, sin ir más lejos, se sigue ungiendo con aceite a santos y papas, igual que a los cristianos de a pie, a quienes se les signa con el óleo sagrado para realzar su dignidad y administrarles sacramentos tan decisivos en su camino de fe como el de la confirmación. En la Misa Crismal celebrada generalmente el Jueves Santo o en cualquier otro día de la Semana Santa, se consagra el «Crisma» (del latín *chrisma*, que significa unción), es decir, el óleo de los enfermos y el de quienes van a recibir el sacramento del bautismo.

No debiera olvidarse tampoco el llamado «óleo de los catecúmenos», conocido también por «óleo de exorcismo» y destinado a las unciones de aquellos que se preparan a la iniciación cristiana. Se trata de una unción del combatiente, que fortifica al catecúmeno para la lucha contra las potencias del mal, previa renuncia a Satanás, para abrazar la fe católica y disponerse a recibir el agua bautismal.

VISIÓN DE GETSEMANÍ

El olivo está presente en la vida de Jesús hasta poco antes de su misma muerte. Arrancábamos estas páginas con el insólito descubrimiento del baño ritual en las profundidades de Getsemaní, en el monte de los Olivos, descrito con una rique-

za asombrosa de matices por la monja agustina alemana Ana Catalina Emmerick (1774-1824), beatificada por Juan Pablo II el 3 de octubre de 2004, ciento ochenta años después de su muerte.

La religiosa llevaba ya diez años enclaustrada, inválida y estigmatizada con las cinco llagas de Cristo, cuando Clemente Brentano (1778-1842), uno de los mejores poetas del Romanticismo alemán, transcribió al dictado sus narraciones sobre la Pasión de Jesús.

Entre los carismas de esta monja figuraba el don de visión, gracias al cual Ana Catalina pudo contemplar los hechos con todo lujo de detalles, mayores incluso que los proporcionados en los cuatro Evangelios sinópticos, y compartir los sentimientos y percepciones de los protagonistas sin moverse del lecho de su celda.

A su muerte, Brentano preparó la edición de sus relatos, publicada en 1833 con el título original *Das bittere Leiden Unsers Herrn Jesu Christi* (*La amarga Pasión de Cristo*), obra en la que se inspiró, por cierto, el cineasta Mel Gibson para rodar su exitosa película *La Pasión*.

Pues bien, Ana Catalina Emmerick contempló con los ojos del corazón, como si hubiese estado allí mismo, el huerto de los Olivos, situado más cerca del monte de los Olivos y separado del jardín de Getsemaní por una estrecha vereda. Una vez en Getsemaní, Jesús bajó finalmente solo a un abrigo de roca que formaba una cueva de unos seis pies de profundidad a la izquierda de donde estaban Pedro, Juan y Santiago el Mayor, los tres apóstoles que había llevado consigo aquel anochecer, tras dejar a los otros

ocho que lo acompañaban a unos minutos de distancia, en un lugar de Getsemaní donde había una especie de cenador de follaje.

Los tres discípulos, según indica Ana Catalina Emmerick, se habían quedado encima de este abrigo de roca, en una hondonada que había a la derecha. El suelo de la cueva estaba suavemente inclinado, y las plantas brotadas en el peñasco dejaban caer sobre la entrada una especie de cortina, de modo que se podía estar allí sin ser visto.

Vi la caverna a su alrededor —relata Emmerick— llena de formas espantosas; y que todos los pecados, toda la maldad, todos los vicios, todos los tormentos, todas las ingratitudes le oprimían en forma de espectros horrendos. Sentía como hombre el espanto ante la muerte y el terror ante la magnitud de los padecimientos expiatorios. Se retorció las manos y caía una y otra vez. Estaba cubierto del sudor que le causaba el miedo; temblaba y se tambaleaba. Se levantó. Sus rodillas, trémulas, apenas le sostenían. Estaba completamente desencajado y casi irreconocible, tenía los labios pálidos y erizados los cabellos.

Cerca de las diez y media de la noche, hora y media después de su llegada a Getsemaní, de acuerdo con la visión de Emmerick, Jesús se levantó bañado en sudor y fue al encuentro de los tres apóstoles subiendo por la izquierda de la gruta hasta desembocar encima de ella en la terraza donde Pedro, Juan y Santiago el Mayor yacían dormidos. Una vez despiertos, les instó a orar y se retiró de nuevo a la gruta para some-

terse a otro combate contra las fuerzas del mal. La agonía del Salvador alcanzó su clímax:

Entonces vi —añade Emmerick— que caían sobre la pálida faz del Señor gotas de sangre espesas y oscuras; sus cabellos, generalmente lisos y con raya en medio, estaban enmarañados, erizados y pegados con sangre, y tenía la barba desgredada [...]. Cuando llegó adonde los apóstoles, estos ya no estaban tumbados de costado para dormir como la primera vez, sino encorvados sobre las rodillas con la cabeza cubierta [...].

El Nazareno sudó sangre porque sabía ya, de antemano, su inminente calvario. Hasta tal punto fue así, que el estrés psicológico le provocó rupturas en los capilares de las glándulas sudoríparas, desencadenando el sudor de sangre, húmedo y pegajoso, que empapaba su rostro y el cabello. Es un fenómeno extraordinario que solo se da en personas sometidas a una enorme tensión y que aparece documentado en soldados antes de entrar en combate o en condenados a muerte antes de su ejecución.

Desde el lado más apartado del torrente Cedrón, Jesús divisó a lo lejos del valle una tropa armada que se acercaba con antorchas encendidas. Salió entonces con decisión del huerto de los Olivos acompañado de sus tres apóstoles y tomó con ellos el camino que los separaba del jardín de Getsemaní para encontrarse con los esbirros que iban a prenderlo. Poco después, tras la violenta escaramuza entre los sayones y los apóstoles, durante la cual Pedro seccionó de un tajo con la espada la oreja del criado Malco, los soldados capturaron a Jesús.

La columna echó a andar —prosigue Emmerick— con pasos apresurados y, al dejar el camino entre el huerto de los Olivos y el jardín de Getsemaní, torció a la derecha y siguió un rato por el lado occidental de este jardín, hasta llegar al puente que hay allí sobre el torrente Cedrón [...]. El puente por el que ahora le llevaban preso era muy largo, porque no solo pasaba el Cedrón, que aquí corre más cercano al monte de los Olivos, sino que pasa durante un trecho por encima de las irregularidades del valle como una calzada de piedra.

Tal vez algún arqueólogo podría recomponer hoy con más detalle las inmediaciones del huerto de los Olivos y de Getsemaní gracias a los datos tan precisos proporcionados por Ana Catalina Emmerick. A imagen y semejanza de aquellos otros arqueólogos que descubrieron en su día la casa de María de Nazaret en Éfeso, siguiendo cada pista que, a modo de mapa o de brújula, les había suministrado Emmerick en su valioso libro. Pero de ese otro asombroso hallazgo daremos cuenta en otro capítulo.

EL NÚMERO 12

Siguiendo la tradición cabalística judía, después del número 7, el 12 es el más importante en la Biblia, razón por la cual hemos seleccionado para este trabajo la docena de hallazgos arqueológicos que nos han parecido más significativos, repartidos a su vez en doce capítulos, que refuerzan la existencia del Jesús histórico en concordancia con los Evangelios.

De este modo, al descubrimiento del baño ritual judío en Getsemaní, en diciembre de 2020, se irán sumando a partir de ahora otros aún más importantes que evidencian cómo el acercamiento a la figura de Jesús de Nazaret no puede ni debe efectuarse a la exclusiva luz de la fe, sino, en todo caso, en combinación con la ciencia. Una realidad insoslayable en la que no dejaremos de insistir. De tal forma que se puede no creer en la divinidad de Jesús y hacerlo, al mismo tiempo, en su incuestionable trascendencia histórica porque, como asevera Charlesworth, «ningún especialista serio cuestiona hoy en día la existencia de un judío llamado Jesús, hijo de José».

Volviendo al número 12, los sumerios lo empleaban como base para su sistema numérico, tanto en el calendario como en los signos del zodiaco. Recordemos también que las tribus de Israel eran doce, lo mismo que los discípulos elegidos por Jesús. El Antiguo y el Nuevo Testamento se concilian así, una vez más, en la gran importancia otorgada al número doce, y su continuidad no se ve reflejada únicamente en el cumplimiento fiel de las profecías.

Advirtamos también que cuando a Leví ya no se le contó entre las tribus de los hijos de Israel, las de José, Efraín y Manasés se enumeraron por separado para mantener inalterable el número doce. Del mismo modo, en el Nuevo Testamento, cuando Judas Iscariote se suicidó, los once apóstoles restantes agregaron enseguida otro más para conservar el número doce. En los Hechos de los Apóstoles se narra, en efecto, cómo Matías, elegido para sustituir a Judas el traidor, acompañó a Jesús desde el Bautismo hasta su Ascensión a los cielos.

Previamente, Pedro había dispuesto la elección del duodécimo discípulo entre dos candidatos: José Barsabás, llamado el Justo, y Matías. Tras pedir la iluminación del Espíritu Santo, la elección recayó al final sobre Matías, a quien Clemente de Alejandría distinguió por su insistencia en predicar la mortificación de la carne para dominar la sensualidad.

Los griegos sostienen que Matías evangelizó la Capadocia y las costas del mar Caspio, y que sufrió la persecución de los pueblos bárbaros y obtuvo como recompensa la palma del martirio en Cólquida, un antiguo estado, reino y después región de la actual Georgia. Sus restos mortales permanecieron durante mucho tiempo en Jerusalén, hasta que santa Elena los trasladó a Roma.

Y qué decir del libro del Apocalipsis: la nueva Jerusalén tenía doce puertas y sobre ellas, doce ángeles, y bajo sus muros, doce cimientos también:

Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas, doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel: de la parte de oriente, tres puertas; de la parte del norte, tres puertas; de la parte del mediodía, tres puertas, y de la parte del poniente, tres puertas. El muro de la ciudad tenía doce hiladas y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero (Ap 21, 12-14).

Siguiendo con el Apocalipsis, conviene recordar igualmente que el árbol de la vida proporcionaba doce clases de frutos diferentes: «En medio de la calle y a un lado y otro del río había un árbol de vida que daba doce frutos, cada fruto en

su mes, y las hojas del árbol eran saludables para las naciones» (Ap 22, 2).

Los múltiplos de doce también son relevantes en el Antiguo y Nuevo Testamento. Existían así veinticuatro divisiones de sacerdotes, según el Libro de los Paralipómenos o Crónicas:

Hubo entre los hijos de Eleazar más jefes que entre los hijos de Itamar, y se hizo esta división: los hijos de Eleazar tenían dieciséis jefes de casas paternas, y los hijos de Itamar, ocho. Hízose la distribución por suerte, unos con otros, y fueron jefes del santuario y jefes de Dios tanto los hijos de Eleazar como los hijos de Itamar (1 Cr 24, 4-5).

En el Apocalipsis se da cuenta también de los veinticuatro ancianos, múltiplo de doce también, en torno al trono celestial: «Alrededor del trono —escribe así el apóstol Juan— vi otros veinticuatro tronos, y sobre los tronos estaban sentados veinticuatro ancianos, vestidos de vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas» (Ap 4, 4).

Hablando de múltiplos de doce, el Antiguo Testamento, y en concreto el Libro de los Números, alude a los setenta y seis ancianos a quienes se les otorgó un halo de inspiración divina para realizar sus profecías:

Salió Moisés y transmitió al pueblo lo que había dicho Yavé; y eligió los setenta varones de entre los ancianos de Israel y los puso en derredor del tabernáculo. Descendió Yavé en la nube y habló a Moisés; tomando del espíritu que

residía en él, lo puso sobre los setenta ancianos; y cuando sobre ellos se posó el espíritu, pusiéronse a profetizar, y no cesaban. Habíanse quedado en el campamento dos de ellos, uno llamado Eldad y otro llamado Medad; y también sobre ellos se posó el espíritu; eran de los nombrados, pero no se presentaron ante el tabernáculo, y se pusieron a profetizar en el campamento (Nm 11, 24-26).

Otro dato significativo se encuentra también en el Apocalipsis, de acuerdo con el cual los ciento cuarenta y cuatro mil siervos de Dios se repartían entre los doce mil miembros de cada una de las doce tribus de Israel. El número doce y sus múltiplos repetidos hasta la saciedad:

Oí que el número de los sellados era de ciento cuarenta y cuatro mil, sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil sellados; de la tribu de Rubén, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil; de la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftalí, doce mil; de la tribu de Manasés, doce mil; de la tribu de Simeón, doce mil; de la tribu de Leví, doce mil; de la tribu de Isacar, doce mil; de la tribu de Zabulón, doce mil; de la tribu de José, doce mil; de la tribu de Benjamín, doce mil (Ap 7, 4-8).

LA LINTERNA DE LOS ARQUEÓLOGOS

La arqueología, la ciencia que estudia las artes, los monumentos y los objetos de la Antigüedad sobre todo a través de sus restos, sigue constituyendo hoy una ayuda imprescindible

para rescatar de la ignorancia la historicidad de Jesús. Gracias a ella, sabemos, por ejemplo, que a poco más de un kilómetro del centro de Nazaret existían una viña y una prensa de uvas, junto a muros, torres e incluso una fuente donde María, la madre de Jesús, iba a recoger agua.

La localización de Betsaida y de los vestigios de pescadores que vivían en casas de basalto nos sirve también para situarnos en algunas escenas evangélicas registradas en este pueblo natal de algunos discípulos de Jesús. Por no hablar de las excavaciones en Séforis, una de las ciudades, junto a Tiberíades, con la que Herodes Antipas urbanizó Galilea.

Las ruinas de la antigua Séforis han sido exhumadas sin desfallecer por cuatro equipos de arqueólogos durante las últimas décadas, dejando al descubierto un teatro romano, un enorme acueducto subterráneo y el mosaico de Dionisio. Situada a tan solo siete kilómetros de Nazaret, Séforis y los indicios de vida judía descubiertos en ella nos retrotraen con más facilidad a los tiempos de Jesús.

Igual que el descubrimiento del osario del sumo sacerdote Caifás o de la inscripción del prefecto Poncio Pilato, los cuales ayudan a los historiadores, creyentes o no, a recrear el juicio de Jesús ante el sanedrín y su ejecución fuera de las murallas occidentales de Jerusalén.

«Está claro —prorrumpe Charlesworth— que el descubrimiento de la magnitud del templo y sus aledaños, así como el impresionante tamaño de las piedras del muro de contención occidental, nos ayudan a entender el asombro de los discípulos de Jesús ante la grandiosidad de tales piedras». No existe duda, al decir de Charlesworth, de que las piedras

hablan. Y, en este sentido, son incontables los hallazgos debidos al tesón y la constancia de un puñado de arqueólogos durante las últimas décadas que representan un avance más que notable en el conocimiento de Jesús y sus circunstancias.

Aún queda, eso sí, mucho camino que recorrer para poder reconstruir con pruebas materiales la gran riqueza de los relatos evangélicos. Pero tampoco es menos cierto que el descubrimiento de la barca de pesca en el mar de Galilea o del esqueleto del crucificado Yehohanan ben Hagkol (Juan, hijo de Ezequiel) colorean las imágenes difuminadas en blanco y negro de la pesca milagrosa o hacen perceptible, como un latido, el estertor de Jesús en el infierno del Gólgota.